y hiciéronlos amigos y solapáronlo, porque los castellanos no entendiesen el negocio sobre que se litigaba; pero por más secreto que pusieron en ello, se divulgó luego y Fernando Cortés, que fue luego de todo avisado, dio a Maxixcatzin las gracias, ofreciéndole que procuraría de sacarle verdadero, en cuanto por él había prometido a la república.

CAPÍTULO LXXVI. *Cómo Cortés, después que volvió de Mexico a Tlaxcalla, apercibe guerra contra la provincia de Tepeaca; matan los tepeacas muchos castellanos; escribe Cortés lo hecho hasta este tiempo y vence a los de Tepeaca*

ICOTENCATL, CREYENDO QUE LO que había pasado en la señoría llegaría a noticia de Fernando Cortés, le habló y dijo que por infinitas vías había procurado de ganar honra con él; pero que ya que los dioses le habían hecho invencible, le suplicaba le tuviese en su gracia y le ofrecía su persona y que hiciese experiencia de ello en hacer la guerra a los de Tepeacac, Acatzinco y Quechula, pues que le habían ofendido, contraviniendo la amistad que con él habían hecho y a la fe dada, pasándose a los culhuas y matando a los castellanos que pasaban por su tierra; aliende de que para hacer la guerra de Mexico, que había pensado, convenía dividir primero sus confederados y comenzar por Tepeacac; abrazóle Cortés, agradeciéndole su voluntad; ofrecióle de trabajar de tal manera en servicio de la república, que presto se viese vengada de sus enemigos. Eran ya pasados cincuenta días que Fernando Cortés había entrado en Tlaxcalla, después de la retirada de Mexico, y cada día le solicitaba Xicotencatl, diciendo que tenía apercibida la gente para cuando la quisiese; y aunque Fernando Cortés tenía más necesidad de curarse que de entrar en nuevos trabajos tan presto, por no perder tal ocasión, sabido que los tepanecas y las guarniciones mexicanas, que estaban con ellos, habían tomado todos los pasos de la mar, envió mensajeros a Tepeacac y a los otros pueblos, rogándoles que se apartasen del amistad de los mexicanos y tomasen la de los tlaxcaltecas y los perdonaría la ofensa que le habían hecho, con haber faltado a la fe que le tenían dada, de ser su amigo, cuando pasó por Tlaxcalla. Poco caso hicieron del ofrecimiento de Cortés, antes burlándose dél, se resolvieron en no apartarse de los mexicanos; dio de ello cuenta a la señoría de Tlaxcalla y como esta nación era enemiga de los tepanecas y naturalmente inclinada a la guerra y deseaba contentar a Cortés, que de su parte tenía a todos los principales, porque los sabía regalar y honrar y desde Mexico los envió muchos presentes de las cosas que ellos más estimaban, juzgando también que de esta guerra había de resultar mucha grandeza a su dominio, le ofrecieron ayudarle con cincuenta mil soldados.

Fernando Cortés, viendo que las cosas se iban disponiendo a su gusto y que no sólo era justo, pero necesario, castigar con fuerza la violencia hecha de los tepanecas que se aparejaban para hacerla, entendió en aper-

cibirse para la jornada y sobre todo quiso primero dar cuenta al rey de lo que hasta allí había sucedido, porque desde que partió de la Villa Rica para Mexico no lo había hecho. Escribióle cuanto le sucedió de la Villa Rica a Tlaxcalla, las victorias que tuvo contra esta república, la confederación hecha con ella y con las demás y lo bien que aquella nación acudía a su servicio; lo sucedido en Cholulla; el viaje de Mexico; y la desdichada salida de aquella ciudad; el propósito que tenía de conquistarla; y cómo quería comenzar por la guerra de Tepeacac. Trató de la prisión de Motecuhzuma, de su muerte, de la pérdida del tesoro, de los libros de la real hacienda y otras escrituras y memoriales; y que de todo había sido causa el mal gobierno de Pámphilo de Narváez, que no quiso acomodarse con ningún medio, a quien tenía preso en la Vera Cruz; pedía gente y caballos, porque éstos eran el principal nervio de aquella guerra y decía que valía cada uno doscientos mil maravedís. Prometía de sujetar a la corona real de Castilla aquel grandísimo imperio mexicano, con poca ayuda que se le diese, sin costa del hacienda real, pues ofrecía de pagar los caballos, armas, municiones y cuanto se le enviase. Suplicaba que hiciese alguna merced a Gerónimo de Aguilar, la lengua, de quien se había sacado y sacaba grandísimo provecho. Con esta relación y con treinta mil pesos de oro de los quintos y de servicio, despachó a Alonso de Mendoza y en esta conformidad escribieron al rey los alcaldes y regidores de la Villa Rica, que siempre andaban con Cortés.

Los de Tepeacac, como no estaban más de ocho leguas de Tlaxcalla, sabían lo que se apercibía contra ellos y también se aderezaban para la guerra. Y por no pasar sin tocar en el caso de los castellanos muertos, con las nuevas que por las islas corrían de la riqueza de Nueva España, habían llegado algunos a la Vera Cruz y recogiéndose hasta cincuenta o sesenta, se encaminaron a Mexico, por Tepeacac, en tiempo que Fernando Cortés retirado, llegaba a Tlaxcalla; y como ya se había publicado la guerra que en Mexico se hacía a los castellanos, los de Tepeacac acordaron de matarlos con su capitán, que se llamaba Coronado y lo mismo hicieron de otros, en otras partes, creyendo que los castellanos de Mexico, de aquella vez quedarían acabados, lo cual publicaban los mexicanos en todas partes. Salió, pues, de Tlaxcalla Fernando Cortés con sus castellanos y seis mil flecheros, entre tanto que acababan de juntar cincuenta mil tlaxcaltecas que había de llevar Xicotencatl, a lo cual le ayudaban Alonso de Ojeda y Juan Márquez, los cuales medianamente hablaban aquella lengua. Fuese a dormir tres leguas a Tecpantzinco, adonde acudió tanta gente de las señorías de Huexotzinco y de Cholulla, que se tuvo por cierto que eran en todos ciento y cincuenta mil soldados.

Los de Zacatepec, lugar amigo de Tepeacac, que sabían que caminaba el ejército, salieron al camino, pusieron una grande emboscada en unos maizales y en pasando los castellanos con buen número de indios, dieron sobre ellos; pero como iban sobre aviso, los escopeteros, ballesteros y los caballos, hicieron gran daño en los enemigos, aunque no poco eran impedidos de los maizales; adonde los tlaxcaltecas peleaban había mayor resis-

tencia, aunque les era de provecho el calor de los castellanos. Fue batalla muy reñida, porque los maizales, que eran altos y espesos, ocupaban a los castellanos ver por dónde andaban, y a los tepanecas acudía siempre gente de refresco. Con todo eso se peleó tan valerosamente que los hicieron huir. Iba Ojeda en un caballo grande y por medio de unos maizales descubrió unos edificios; acudió a ellos, con gran número de tlaxcaltecas, y halló que era un gran palacio; determinó de ocuparle y puso encima la bandera de la república de Tlaxcalla y aquí hubo gran mortandad de los que huyendo iban a salvarse. Descubrió Fernando Cortés la bandera y siendo ya tarde, se recogió a ella, llevando los de Tlaxcalla y los demás gran número de prisioneros. Tuvieron los indios amigos buena cena aquella noche, de piernas y brazos, porque sin los asadores de palo, que eran infinitos, hubo cincuenta mil ollas de carne humana. Los castellanos lo pasaron mal tres días, que allí se detuvieron, porque había falta de agua y de comida. Acudían siempre soldados enemigos a descubrir el campo y reconocer lo que se hacía y entre tanto hubo notables desafíos, entre ellos y los tlaxcaltecas.

Partió de aquí Fernando Cortés la vuelta de la ciudad de Acatzinco, que también tenía la parte de Tepeacac y quemando los pueblos de la comarca, porque así parecía que convenía, para más brevemente traerlos a obediencia; salió infinito número de gente de la ciudad, que animosamente acometió el ejército tlaxcalteca y hubo una muy reñida y porfiada batalla, adonde murieron muchos enemigos, los cuales con poco daño de los tlaxcaltecas fueron desbaratados. Siguióse el alcance, hasta entrar en la ciudad a la cual hallaron despoblada, y allí estuvo Fernando Cortés cinco días, enviando diversas bandas de gente a correr la tierra y destruirla. Perdida esta batalla, se entendió que las guarniciones mexicanas habían desamparado la tierra; por lo cual acordó Fernando Cortés de ir, sin perder tiempo, a Tepeacac, adonde entró sin resistencia y se aposentó en ella y los indios amigos, por ser muchos, en la campaña; y aquí se detuvo muchos días el ejército, haciéndose entradas en diversas tierras y provincias, pero padeciendo siempre de agua y comida; y los castellanos para sustentarse cazaban muchos perrillos de la tierra, que iban a comer los cuerpos muertos de la campaña, con que se mantenían. Fue a Cortés un caballero tepaneca con alguna comida, persuadióle la paz, porque ya estaban sin esperanza de socorro de Mexico, adonde había ido a pedirle uno de los tres señores de Tepeacac, el cual muerto ni vivo no pareció. Cortés le respondió que por ellos había quedado, pues desde el principio les había convidado con ella y que siempre fue más amigo de paz que de guerra; y con esto se comenzó a poblar la ciudad, adonde mandó Cortés vender a muchos, que había prendido y herrarlos, salvo a las mujeres y niños, conforme a su costumbre, aplicando una parte a su ejército y otra a la república de Tlaxcalla, sacando primero el quinto que pertenecía al rey. La señoría de Tlaxcalla estaba muy contenta de ver que Fernando Cortés partía tan puntualmente con ellos los despojos de la guerra, aliende de que vían la ciudad llena de esclavos, sal, algodón, plumería y joyas y de todas las demás cosas de que tenían necesidad.